

En el momento en que, con nuestros lectores, penetramos entre aquellas nobles víctimas de la tiranía del gran duque, fray Leonardo está recostado contra una de las columnas que sostienen la bóveda; Felipe Strozzi se halla sentado, y junto a él, en un banco y apoyando la cabeza en una capa arrollada, yace Silvestre Aldobrandini; los demás rodean a Bernardo Corsini, que, subido en un escabel, está grabando, con un clavo viejo, su nombre en el muro.

—¿Qué haces ahí, Bernardo?—preguntó el fraile.

—Ya lo veis, padre mío—respondió Bernardo,—estoy escribiendo mi indigno nombre al lado del de los mártires que me han precedido acá abajo y me están esperando en el cielo.

—Ahora me toca a mí—dijo Víctor de Pazzi, a quien Bernardo entregó el clavo.—Por Jesucristo, el último príncipe que nuestra nación ha elegido, que estos muros serán con el tiempo el libro de oro de Florencia. ¡Ah! Ved aquí el nombre de mi antecesor Jacobo de Pazzi, y el de Jerónimo Savonarola, y también los de Nicolás Carducci, el Dante, Castiglione... ¡Por Dios vivo! ¡Qué hermosa guardia de nobles fantasmas debe tener la libertad en las alturas!

—Escribe el mío entre el tuyo y el de Corsini, Pazzi—exclamó Aldobrandini.—Es preciso que la posteridad sepa que yo estaba entre vosotros; y si encuentras demasiado dura la pared, bájate y moja el dedo en mi sangre para escribirlo en vez de grabarlo; mi herida no se ha cerrado todavía y te la dará abundante. Escribe, escribe: «Silvestre Aldobrandini, muerto por la libertad.»

—Ahora te toca a ti, Strozzi—dijo Víctor cuando hubo grabado el nombre de Silvestre Aldobrandini debajo del suyo, entregando a Felipe aquel innoble clavo, que en manos de los ilustres presos se convertía en buril de la historia.

Strozzi cogió el clavo, y escribió a la altura de su mano la siguiente sentencia italiana:

«Guárdame de quien me fio, y me guardaré de quien desconfío.»

—No está mal el consejo—dijo Víctor echándose a reír;—pero tiene el defecto de llegar un poco tarde, siendo dado por los muros de una prisión.

Los demás grabaron también sus nombres.

Un familiar de la inquisición del Estado apareció en esto, y preguntó:

—¿Ha regresado Strozzi del interrogatorio?

—Sí; ¿quién pregunta por él?—dijo Felipe.

—Una joven que tiene autorización para pasar junto a él media hora—contestó el familiar.

—¡Una joven!—exclamó Strozzi con admiración.—Como no sea Luisa...

—Sí, padre mío, soy yo—dijo la hija de Strozzi desde la puerta.

—Ven, hija mía—exclamó Strozzi abriendo los brazos.

—Te he perdonado y confío en que los demás te perdonarán también.—Y con arranque de paternal ternura y estrechando a su hija contra su pecho, añadió aterrado:—¡Oh, hija mía! Me haces estremecer... ¿Quién te ha dado esa autorización para verme?

—El duque—respondió Luisa.

—¿Y cómo las has obtenido?

—Yo misma he ido a buscarla.

—¿Adónde?

—Al palacio del duque.

—¡Al palacio del duque!—repitió Strozzi.—¿Has puesto los pies en casa de aquel infame?... ¡La hija de un Strozzi en casa de un bastardo de los Médicis!... ¡Oh! ¡Hubiera preferido no volver a verte que lograrlo a este precio!... ¡Vete! ¡Vete!...—añadió Felipe repeliendo a su hija.

—Strozzi, sé hombre—dijo fray Leonardo recibiendo a Luisa en sus brazos.

Pero el anciano se levantó, y, mientras la inocente Luisa lo miraba llena de espanto y admiración, exclamó mesándose los cabellos:

—¡Mi hija ha estado en casa del duque! ¡Ha penetrado en aquella caverna de escándalos, en aquel antro de lujo... ¿Y cuántos años de inocencia te ha costado el permiso para verme durante media hora?... ¡Di, contesta!

—Padre mío—dijo Luisa con humilde ternura,—bien sabe Dios que no merezco lo que me decís. Por otra parte, no estaba sola; me acompañaba Lorenzo, que no se ha apartado de nosotros.

—¿Así, pues, no ha habido condiciones infames?

—No, padre mío, os lo juro por la honra de la familia.

He pedido de rodillas al duque que me concediera permiso para veros. Lorenzo y él han cruzado algunas palabras en voz baja; después el duque ha firmado un papel, me lo ha entregado, y he salido de palacio sin que tuviera que ruborizarme más que de su mirada.

—No importa—replicó Strozzi moviendo la cabeza;—algún terrible misterio esconde esa clemencia, Luisa. Pero ya que te han concedido media hora, aprovechémosla, pues tal vez sean éstos los últimos minutos que pasamos juntos.

—¡Padre!—exclamó Luisa.

—Dios te ha dado fortaleza de espíritu, hija mía—dijo el anciano,—y pueden hablarte, no como a una niña, sino como a una mujer.

—Vuestras palabras me hacen estremecer, padre mío—murmuró la joven.

—No ignoras quién es el hombre que reclama mi cabeza, como tampoco cuál el tribunal que me juzga.

—¡Padre! ¡Padre! ¿Han dictado sentencia de muerte contra vos?

—Aun no, pero es lo más probable que me sentencien a ella. Respóndeme, pues, como si estuviese ya sentenciado a morir. Piensa que lo que voy a pedirte envuelve la tranquilidad de mis últimos momentos, que al sentenciado no le queda solamente el morir, sino que debe hacerlo como cristiano, esto es, sin maldecir, ni blasfemar...

—¡Gracias, Dios mío!—murmuró fray Leonardo,—¡Gracias por haber conducido aquí a ese ángel que le devuelve la fe que casi había perdido ya!

—Padre—exclamó Luisa,—¿qué debo hacer para devolveros la tranquilidad? Decídmelo, y en seguida seréis obedecido.

—Luisa—dijo Strozzi con voz solemne,—júrame que cuando veas levantar mi patíbulo, y que soy conducido al suplicio, nada intentarás para recabar del duque mi salvación, aunque mi vida fuese el premio de tu diligencia... Júrame que entre tu inocencia y su infamia no se establecerá ningún pacto... Porque te juro, por el alma de tu madre y por mi amor infinito, que no me salvarás, que moriré desesperado, y que después de haber sido tú la causa de mi perdición en la tierra, no volverías a verme en el cielo...

Luisa cayó de rodillas para dar más solemnidad a su promesa, y, juntando sus manos con las del anciano, contestó:

—Os lo juro, padre mío, y que Dios me castigue si falto a mi juramento.

—Aun no he terminado—siguió diciendo Strozzi mirando con ternura a su hija y poniéndole las manos sobre su cabeza;—el peligro que durante mi agonía te persigue, puede sobrevivir a mi muerte... Lo que el duque no ha logrado alcanzar por el terror, puede intentar obtenerlo por la violencia...

—¡Padre mío!—exclamó Luisa.

—Nada hay que el duque no se atreva a hacer; tiene valor para todo—dijo con viveza el anciano.—Es un infame...

—¡Dios mío!—balbuceó la joven ocultando el rostro entre sus manos.

—Luisa—insistió Strozzi,—¿no es cierto que antes preferies la muerte a vivir en la ignominia y la deshonra?

—¡Oh; mil veces, sí!—respondió la joven.

—Pues bien—dijo Strozzi haciendo esfuerzos por conservar la firmeza de su voz,—si llegases a caer en manos de aquel hombre, si no encontrases un medio de substraerte a él, si ni aun la misericordia divina te ofreciese una vislumbre de esperanza...

—Acabad, padre mío.

—Pues bien, sólo me queda un tesoro, que he logrado esconder a los ojos de todos: un postrer consolador, último amigo que debía abreviarme el tormento y salvarme del patíbulo... Es este veneno.

—¡Oh! dádme—dijo Luisa, que había comprendido la intención de su padre.

—Gracias, hija mía—exclamó Strozzi.—Este frasco es la libertad, la honra; tómalo, y... acuérdate de que eres la hija de Strozzi.

—Os juro que vuestros deseos se verán satisfechos, padre mío—exclamó Luisa tendiendo la mano en señal de juramento.

—¡Gracias! ¡Gracias!—dijo Felipe;—ahora puedo morir tranquilo. Y tú, Dios mío, tú que has escuchado este juramento, ¿no es verdad que impedirás que tenga que cumplirse?

La puerta de la prisión se abrió, apareciendo el familiar que había acompañado a Luisa; pero ahora le seguía un enmascarado.

—Han transcurrido los treinta minutos que os han sido concedidos—dijo el familiar dirigiéndose a la joven;—seguidme.

—¡Ya!—exclamó Luisa.

—Ve, hija mía, y bendita seas—dijo Strozzi.

—¡Un momento más, sólo un segundo!—insistió Luisa juntando las manos.

—No, obedece—le dijo su padre.—Adiós, hija mía, no pidas nada a esos hombres.

—¡Adiós, padre mío!—exclamó la joven.

—Hasta que nos reunamos en el cielo—repuso fray Leonardo.

—¡Oh!—murmuró el desdichado padre.

—Vamos, sed fuerte, Strozzi—dijo el dominico estrechándolo contra su corazón.

Mientras tanto, Luisa se alejaba arrastrada por el familiar, y en el momento en que pasó junto al enmascarado, éste le dijo en voz baja:

—Luisa...

—¡Lorenzo!—exclamó la joven reconociendo la voz del enmascarado.

—¿Sigues confiando en mí?—preguntó el enmascarado.

—Más que nunca.

—Entonces, hasta la noche.

—Sí, hasta la noche—repitió Luisa cuyo corazón se había abierto a la esperanza.

La puerta se cerró de nuevo, y el enmascarado quedó en medio de los presos, cuyos extrañados ojos se fijaron en él amenazadores.

Felipe Strozzi, embargado por su dolor, fué el único que no reparó en el recién llegado.

El primero en dirigirle la palabra fué Víctor de Pazzi.

—¿Quién eres tú—dijo adelantándose un paso,—que llegas hasta nosotros con la cara tapada? ¿Un espía de Mauricio? ¿Un esbirro del duque?

—¿Eres el que nos ha de torturar?—exclamó Bernardo Corsini.—El tormento no nos asusta.

—¿Eres el verdugo?—repuso Silvestre Aldobrandini esforzándose por sostenerse en pie.—Estamos prontos a morir.

—Ea, respóndenos, ¿qué nueva nos traes?—dijo Víctor.

—Lo que vengo a deciros—respondió Lorenzo quitándose el antifaz—es que todos estáis condenados a muerte, y que seréis ejecutados mañana al romper el alba.

—¡Lorencito!—exclamaron los presos.

—¡Lorencito!—repitieron Strozzi y fray Leonardo.

—¿Qué vienes a buscar aquí?—preguntóle Víctor de Pazzi.

—¿Qué quieres?—añadió Bernardo Corsini.

—¿Qué puede importaros lo que quiero y lo que vengo a buscar, si ya no os queda en este mundo sino orar y morir?—respondió Lorenzo.

—Lorenzo—dijo el dominico adelantándose a su vez,—¿has venido para insultar a los mártires? Y en caso contrario, ¿qué es lo que quieres?

—Vais a saberlo, puesto que es a vos a quien busco.

—¿Qué me quieres?

—Decid a esos hombres que nos dejen solos y que se aparten todo lo que puedan.

—¿Por qué?

—Porque lo que tengo que deciros es un secreto, y como también mi vida está en peligro, quiero que me escuchéis en confesión.

—¡Que te escuche en confesión!—exclamó fray Leonardo retrocediendo un paso.

—Sí.

—¡Yo, yo escucharte en confesión!—dijo el fraile con voz de espanto;—¿y por qué yo con preferencia a otro?

—Porque tu vida pende de mi secreto y porque estás condenado a muerte; en una palabra, porque de todos los confesores de Florencia, sólo confío en ti.

—¡Retiraos, hermanos míos!—dijo fray Leonardo con pálido semblante, porque, conforme se lo dijera a Strozzi, sospechaba que iba a escuchar algo terrible.

Los presos obedecieron.

Entonces fray Leonardo sentóse al pie de una columna y Lorenzo cayó de rodillas ante él.

—Padre mío—dijo el joven,—cuando regresé a Florencia hace un año, ya tenía proyectado lo que hoy voy a ejecutar. Tan pronto como llegué al suelo que me vió nacer, temeroso de imputar a los demás mis propias inclina-

ciones, recorrí todos los barrios de Florencia, e interrogué al pobre y al rico, al obrero y al patricio, y de todos escuché una acusación contra el duque Alejandro. El uno le reclamaba su fortuna, el otro su honra; éste un padre, aquél un hijo. Todo era llantos y lamentos; sólo oía acusaciones; entonces me dije que no era justo que un pueblo entero gimiese de tal suerte por la tiranía de un solo hombre...

—¡Ah!—exclamó fray Leonardo,—¿entonces eran ciertas nuestras suposiciones?

—Tendí la mirada en mi derredor—siguió diciendo Lorenzo,—y vi el oprobio en todas las frentes, el terror en todos los corazones y la corrupción en todas las almas. Busqué un apoyo, mas fué inútil: todo cedía bajo mi mano. La delación se había extendido por todas partes; en la plaza pública, en las encrucijadas, en el hogar doméstico, en el seno de las familias, en todas partes había penetrado. Entonces comprendí que el que quisiera conspirar en tales días sólo debía tomar por confidente a su pensamiento, y por cómplice únicamente a su brazo; comprendí que, semejante al primer Bruto, debía cubrir su rostro con un velo lo suficiente tupido para que no pudieran atravesarlo las miradas, y Lorenzo se convirtió en Lorencito.

—Continúa, hijo mío—murmuró fray Leonardo jadeante.

—Era preciso llegar hasta el duque—prosiguió el joven,—y que éste recelase de todos y que sólo se fiase de mí. Así, pues, me hice su cortesano, su criado, su bufón. Y no solamente he acatado sus órdenes, sino que me he anticipado a su voluntad y a sus deseos... Florencia me ha llamado durante un año cobarde, traidor e infame; durante un año, ha gravitado sobre mí el desprecio de mis conciudadanos, pareciéndome más pesado que la losa de una tumba; durante un año no ha habido más que un corazón que no dudase de mí... pero al fin he logrado realizar mi propósito, he conseguido llegar a la meta, y me encuentro al final de mi larga y penosa vía... Padre mío, esta noche daré muerte al duque Alejandro.

—¡Habla más bajo, más bajo!—murmuró el fraile.

—Pero el duque es diestro, tiene fuerza y bravura—prosiguió Lorenzo,—y por lo tanto puedo también sucumbir al intentar la salvación de Florencia. Necesito, pues,

que me absolváis *in extremis*. No titubeéis en hacerlo, padre mío. ¡Ay! ¡Bastante he padecido en la tierra para que aun el cielo me escatiméis!

—Lorenzo—dijo el dominico,—ya sé que absolviéndote cometo un crimen; pero ese crimen lo tomo sobre mí. Cuando Dios te mande comparecer ante su tribunal para pedirte cuenta de la sangre que hayas derramado, yo me presentaré en tu lugar y le diré: «Señor, no busquéis al culpado... pues éste se halla en presencia vuestra.»

—Era lo único que tenía que pedir—exclamó Lorenzo.—Ahora, también él, como vos, está condenado a muerte. Sólo es cuestión de tiempo... Padre mío, cuando os vengan a buscar mañana por la mañana, gritad todos: «¡El duque Alejandro ha sido asesinado por Lorencito! En su casa encontraréis el cadáver del duque...» El mismo verdugo temblará, y el pueblo se precipitará hacia mi casa de la calle Ancha, y encontrará el cuerpo del duque, y en lugar de llevaros al patíbulo, os pasearán en triunfo.

—¿Y tú?

—¿Yo?... Yo abriré al pueblo la puerta del aposento en que el cadáver del duque Alejandro estará tendido. Y ahora que os he dicho cuanto tenía que deciros, adiós, padre mío.—Y, adelantándose hacia los presos, que estaban agrupados junto a la puerta, añadió:—¡Paso, señores!

—¿Y si no quisiéramos dejarte pasar?—dijo Víctor Pazzi.

—¿Y si hubiésemos resuelto vengarnos antes de morir?—añadió Bernardo Corsini.

—¿Y si estuviéramos decididos a ahogarte entre nuestras manos?—exclamó Strozzi.

Y todos a una, incluso Silvestre Aldobrandini, que se esforzaba en llegar hasta el joven, comenzaron a gritar:

—¡Muera el que nos ha vendido a todos! ¡Muera el traidor! ¡Muera el infame!

Lorenzo frunció el ceño y llevó la mano a su espada; pero fray Leonardo le dijo en voz baja:

—¡Detente, Lorenzo! ¡Sufre resignadamente el último martirio de tu pasión, la última espina de tu corona!—Y dirigiéndose a los presos añadió en voz alta:—¡Hermanos míos! Dejad pasar a este hombre que es el más grande de todos nosotros...

Y Lorenzo, en medio de la estupefacción de los presos,